

la vista del proceso, Wiesinger declaró que era amigo de Bismarck y enemigo de los ultramontanos; que su única intención fué alucinar á los jesuitas para que éstos lo manifestaran su aquiescencia á la oferta de asesinar á Bismarck, dándose con este motivo para que se procediera con más energía contra los católicos. Dijo que esperaba que Bismarck ó el Embajador alemán en Viena, Mr. Schweinitz, lo recompensarían por su celo.

Varios telegramas se han publicado comunicando la noticia de que el 6 de Agosto había sido asesinado en Quito el Presidente del Ecuador, señor García Moreno. Los periódicos de esa república no alcanzan á aquella fecha. Nosotros hemos leído carta de Taquerros del 11, en que se dice que la intenciona del asesinato había salido mal, pero que el Ejecutivo había declarado la nación en estado de guerra; lo que, á ser cierto, probaría que había un vasto plan de insurrección que debía empesar con la muerte del Presidente.

La suma de lo recaudado en Bogotá hasta 31 de Julio último para auxiliar á las víctimas del terremoto de Cúcuta es de \$ 25,361-55 y lo de lo remitido \$ 16,000.

El Gobierno de Venezuela destinó para los pueblos arruinados del Estado Táchira y los de los Valles de Cúcuta, primero \$ 5,000, luego 999 libras que contenían vestidos para hombres y mujeres, medicinas y viveres, y últimamente el Congreso ha votado la suma de \$ 400,000 divisibles entre los citados pueblos.

TERMÓMETRO DE LA PROHIBIDAD.

Un rico banquero de Poitiers, dice *Semana religiosa de Berry*, se había presentado en quiebra. Tres de sus acreedores se encontraron un día y se preguntaron cuánta suma tenían comprometido en la quiebra. El primero

dijo: Figuro en ella por treinta mil francos: el segundo confesó que el fallido le debía treinta y nueve mil francos; el tercero declaró que no le debía sino siete francos cincuenta céntimos. Sin embargo, observó uno de los otros dos, el banquero de Poitiers me ha dicho hace algun tiempo, que él debía á usted cuarenta y cinco mil francos. ¿Qué ha hecho usted para no perderlos?

—He procedido de una manera muy sencilla; he reclamado mi dinero y me lo han entregado.

—¿Alguien probablemente le advirtió á usted con anticipación la inminencia de la quiebra?

—El diario la *Verdad del Oeste* fué quien me lo avisó.

—Pero, ¿cómo es entónces que los diez mil suscritores de ese diario no han reparado en lo que usted leyó en él?

—Todos han leído bien lo que yo he leído, pero no lo han comprendido. He aquí el hecho:

El año pasado, nuestro banquero pronunció en Angers, al borde de la sepultura de un libre-pensador, un discurso que respiraba el materialismo y la impiedad, discurso publicado por la *Verdad del Oeste*.

—Es cierto; ese discurso realmente fué publicado en aquel diario; pero áun siendo materialista é impío, como usted dice, uno puede ser hombre probo y honrado.

—Yo no he raciocinado de ese modo. Me he dicho: Puesto que ese hombre hace alarde de no creer ni en Dios ni en el diablo, puede también un día no creer ni en el honor ni en la conciencia. Me desagradó el oír á un hombre que me debía cuarenta y cinco mil francos decir sobre una sepultura que Dios, la justicia suprema, no era sino una quimora. Desde hace veinte años he observado que de cien quiebras, ochenta, por lo ménos, han tenido por autores á hombres sin religion.

—Hay mucha verdad en lo que dice usted; pero usted debió habérselo advertido.

—He creído que no debía permitirme semejarlo falta de delicadeza. Por otra parte, ustedes no me habrían hecho caso; me habrían tratado de clerical. Así van ustedes á saber en cabeza propia que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*, y por consiguiente de la probidad.

EL DIOS DE OTRO TIEMPO.

II.

EL EMPERADOR PRISIONERO.

Dos años despues, el Emperador Napoleón, poco ántes dueño del mundo, hallábase á su vez prisionero en Santa Elena, isla desierta é inhospitalaria. En ningún punto de ella se encuentra la sombra de un bosque; el cultivo ocupa, á largos intervalos, algun pedazo de tierra; por todas partes se elevan peñas y restos volcánicos: es una prision horrible en medio del Océano.

Cercano al mar se eleva un sauco lloron, cuya larga cabellera ofrece algun abrigo al augusto prisionero. Allí pasa sentado horas enteras, mirando con la mirada la inmensidad de las olas.

Hoy día Napoleón está más sombrío de lo acostumbrado. El General Bertrand, el único amigo que haya participado voluntariamente la penosa suerte de su señor caído y el jóven paje, Conde José de Réthel, observaban con inquietud el aire trístico del destronado Monarca. De repente el Emperador levanta la vista, y la fija en su Patria.

—José, ¿no estabas tú en Fontainebleau cuando Pio VII me predijo mi destino?

—Sí, señor, allí estaba.

—Recuerdas aún aquella entrevista?

—Sí, señor, no se borrará jamás de mi memoria. El Papa se presentó á mis ojos, no como un simple mortal...

—Sino?...

—Como el representante de Dios en la tierra.

—Bien dicho, jóven. Lo que me hacía sonreír entónces, no me parece hoy sino muy digno de fe: el representante de Dios en la tierra.

Calló el Emperador, y dejó que sus ojos vagasen por el mar.

—Y las palabras del Papa, ¿las recuerdas aún?

—Perfectamente, señor. El Padre Santo

decía: "El Dios de otro tiempo vive todavía;" despues, apoyado en la historia, probó que la Iglesia y los Papas habían sido perseguidos por Príncipes paganos y cristianos, pero que Dios había quebrantado semejantes perseguidores, mientras que la Iglesia y la Silla de Pedro seguían subsistiendo...

—Despues, José? y despues? dijo con insistencia Napoleón, cuando vió que el jóven Conde se detenía indeciso.

—Decía también que Dios quebrantaría á Vuestra Magestad si no cesaba de oprimir á la Iglesia; porque Dios ha prometido defender á esta Iglesia, y á su representante en la tierra, y es siempre fiel á sus promesas.

—Eso es! y con un movimiento de cabeza confirmó el Emperador la exactitud de este relato, añadiendo: Vuestra medida está colmada, decía Pio VII; pronto compartireis el fin de todos los perseguidores de la Iglesia! el Papa no ha sido falso profeta. No son los hombres los que han roto mi cetro. El Todopoderoso es quien lo ha hecho. Loco de mí, deslumbrado con el brillo de mis victorias! Con cuánta claridad y fuerza hubiera debido enseñarnos la historia de diez y ocho siglos que ningún poder puede, sin estrellarse, atacar la peña de Pedro! Verdaderamente el Dios de otro tiempo vive aún, para aplastar á los opresores de aquel que lo representa acá abajo.

—No negaré, señor, dijo Bertrand, que el rigor sin ejemplo del invierno que nos sorprendió en Rusia, no haya caído sobre nuestro ejército por orden de Dios; pero fué en Leipzig donde se decidió todo.

—Dios es el árbitro de las batallas, General, repuso Napoleón con entereza. Esta soledad en medio del Océano da lugar á la reflexión. La desgracia me hace ver con más claridad. Mis reveses, mi caída, mi cautiverio, son todas consecuencias de mi enemistad con el jefe de la Iglesia. Tiene razon Pio VII: el Todopoderoso, protector de la Sede de San Pedro, es quien ha echado abajo mi trono.

Bertrand nada replicó, y el Emperador volvió á sus sombríos pensamientos.

—En Egipto proclamé un Dios sin Hijo, prosiguió al fin despues de un largo silencio; ahora, empero, reconozco y declaro la divinidad de Jesucristo. Un judío que era mirado como el hijo de un carpintero, quiere ser tenido por Dios, por el más grande de los seres, por el Criador de todas las cosas. Prueba su divinidad con numerosos milagros; sin embargo, acá para mí,

el éxito que logra Jesús, prueba su divinidad mucho mejor que sus milagros. Se extasia uno ante las conquistas de Alejandro el Grande; pero ¿quién son ellas comparadas con las de Cristo? Nada, absolutamente nada; á pesar de que hubiese Alejandro conquistado el mundo, porque estas conquistas eran pasajeras y sin consistencia. Jesús, al contrario, ha conquistado y se ha apropiado, ha hecho suyo, no una nación, sino todo el género humano. Estas conquistas duran hace diez y ocho siglos; y según todas las apariencias, se extenderán hasta el fin del mundo. ¿Y cuál es la parte de cada hombre conquistada por Jesucristo? Precisamente la más difícil de ganar: el corazón. Lo que se ve que pide á menudo en vano un sabio á un reducido número de amigos, un padre á sus hijos, un esposo á su esposa, un hermano á su hermano: el corazón, el amor, ved ahí lo que Jesús conquista en millones de hombres de mil ochocientos años acá. ¿No es éste un prodigio superior á cualquiera otro prodigio? Alejandro, César, Aníbal, con todo su genio, nada han conseguido que se lo pareciera. Conquistaron toda la tierra, pero no consiguieron ganar el corazón de un sólo hombre. ¿Y Cristo posee el corazón de miles de millones hace diez y ocho siglos! millones de hombres se han dejado martirizar por él! millones de hombres aceptan su yugo con placer, y sufren por él las privaciones más duras! A vista de un milagro de tanta magnitud obrado por Cristo, ¿cómo podría dejarse de reconocer en él al Verbo Divino que ha creado el mundo?

—Cuando esto se medita seriamente, repuso el General Bertrand, se ve uno obligado indudablemente á reconocer un milagro permanente en la duración de este imperio fundado por Cristo solamente acá abajo en el dolor y la agnecación.

—Vos lo sabéis, General, continuó Napoleón: he sabido apasionar las masas que morían por mí; pero se necesitaba para ello de mi presencia, de mi mirada eléctrica, de mi voz. Yo no poseo el secreto de perpetuar mi nombre y mi afecto en los corazones. Aquí me tenéis en Santa Helena: ¿dónde están los cortesanos de mi desgracia? ¿Dónde están mis amigos? Dos ó tres de entre ellos, y que su constancia immortalizará, comparten mi destierro. Esperad un momento, y mi cuerpo será vuelto á la tierra para servir de pasto á los gusanos.

¿Qué abismo entre esta miseria profunda y el reino eterno de Cristo, que es presente, que es amado y adorado sobre

toda la faz de la tierra! El vivo en miles de millones de corazones durante miles de años. Es esto morir? No es más bien vivir? El admirable reino de Cristo me prueba sin réplica su divinidad. Pero si Jesucristo es Dios, la obra que ha fundado, su Iglesia, es divina.

Su omnipotente brazo la protegerá y ningún poder del infierno puede triunfar de ella. Ah! que no pueda yo gritar á todos los que han recibido un poder sobre la tierra: "Respetad al representante de Jesucristo; no ataqueis ni oprímáis al Papa; de lo contrario seréis aplastados por la mano vengadora de Dios, que protege la Sede de San Pedro!"

Napoleón cesó de hablar. Un viento fuerte sacudió las ramas del sauce, y las olas del Océano que hirieron el peñasco parecían una ruidosa aprobación de las palabras del Emperador.

III.

NAPOLEÓN III, ENEMIGO DEL PAPA.

UN día del mes de Julio de 1864, el Conde José de Réthel se hallaba en su palacio de París. El joven paje estaba cambiado en un anciano venerable. Napoleón III, el nuevo Emperador de los franceses, apreciaba mucho al Conde por haber estado á servicio de su tío, y haber participado del destierro del cautivo de Santa Helena. Réthel era considerado como un miembro de la familia imperial, y su palabra era de gran peso en las elevadas regiones de ella. Con todo, nada pudo decidir al Conde á aceptar destino alguno público, y rehusó siempre los empleos más brillantes y apetecidos. Vivía para sí mismo y para su familia; dedicaba mucho tiempo al estudio, y no sabía ceder á las pasiones que agitaban la capital del mundo.

A menudo decía al Emperador: "La Francia camina por una pendiente resbaladiza. La prensa no conoce freno; ataca sin descanso la religión y las costumbres, y separa al pueblo del cristianismo. Vuestro ilustre tío por prudencia política no hubiera sufrido esto."

Evidentemente repugnaba á hombre tan íntegro el tomar parte alguna en el sistema político patrocinado por el régimen imperial; y por lo mismo había siempre justificado en rehusar todo puesto oficial.

El Conde de Réthel pasaba el verano en el campo, en sus haciendas; y si hoy en pleno mes de Julio se le ve en París, es porque ha vuelto allí con el objeto de com-

prar un cuadro de que ha tenido noticia por los periódicos, y que estaba expuesto sólo por pocos días.

Poco después de su llegada á París, recibió el Conde una carta cuyo contenido lo sumió en el más profundo abatimiento. Tembláronle las manos; su rostro se cubrió de una mortal palidez; sus ojos espantados se fijaron en el papel, expresando la mayor consternación. Soltó de la mano el escrito; pasóla por la frente y dejóse caer en el sillón. Así estuvo largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos mirando de frente.

—Es posible? No: esto no puede ser, exclamó al fin: volvió á leer la carta, y después llamó con la campanilla.

—El coche inmediatamente! dijo al Ayudante de cámara que acudía presuroso.

El Conde posado de la mayor agitación arregló un poco su traje, subió en el coche, y se fué al palacio del Emperador. Llegado allí, atraviesa rápidamente las galerías, los salones dorados y, por fin, penetra en el gabinete de Napoleón.

Un hombre algo grueso, de talla mediana estaba sentado á una mesa, escribiendo. Su rostro era amarillento, duro, sin vida ni sentimiento: verdadera figura de un muerto. Pudíerásele tomar por tallada en piedra; tanto era lo que se presentaba fría, dura é insensible. Poblados bigotes cubrían sus labios, como si esos pelos hubiesen debido tapar alguna diformidad. Los ojos eran pequeños, tan pronto penetrantes como melosos; á veces desaparecían enteramente debajo de los párpados. El aspecto de este hombre tenía algo de desagradable, de repulsivo y antipático. Era Napoleón III, que se hallaba entonces en el apogeo de su poder. Había humillado á la Rusia, vencido á la Austria, fundado el Reino de Italia sobre las ruinas de algunos Principados; había ocupado á Roma, preparado y tolerado la expoliación del Estado Pontificio. El mundo todo esperaba las órdenes de este señor omnipotente; y cuando Napoleón fruncía las cejas en señal de disgusto, la inquietud se apoderaba de todos los corazones, y los valores rentísticos bajaban inmediatamente en todas las Bolsas de Europa.

—Cómo es éso? mi querido Réthel en París? Qué sorpresa! exclamó Bonaparte al entrar el Conde, cuya agitación extraordinaria le impresionó desde luego.

—Me encuentro aquí casualmente, señor; ó mejor, la divina Providencia ha hecho que me halle aquí.

Los pequeños ojos de Napoleón se fija-

ron en Réthel, que había tomado asiento en un sillón á una señal del Emperador; y parecían pedirle la explicación de estas palabras.

—Páreceme que estais conmovido, mi querido Conde; espero que no os habrá sucedido ninguna desgracia.

—Desgracia personal, señor, ninguna; pero sois vos á quien amenaza la desgracia; á vos, á vuestra familia y á toda la Francia.

El frío rostro de Napoleón se animó ligeramente; señales de asombro se abrieron paso á través de su fisonomía, impasible habitualmente.

—Perdonad, señor, el que la fidelidad y adhesión me inspiren un lenguaje contrario á todas las reglas de la etiqueta que reina en las Cortes.

—Dejaos de excusas, Conde, pues sé apreciar el celo y la fidelidad. Vuestro pasado os coloca en el círculo de la familia imperial. Hablad sin rodeos, ¿cuál es el objeto de vuestra inquietud?

—Señor, vos queréis abandonar al Papa, entregar al Jefe de la cristiandad á merced de sus enemigos.

Los ojos de Napoleón desaparecieron, y la parte de su cuerpo que sobresalía de la mesa causaba la ilusión de un busto de mármol que hubiese sido vestido.

—¿De dónde proviene esta singular conjetura?

—La carta de un amigo me ha hecho conocer el peligro que nos amenaza.

—Cómo se llama este amigo?

—Permitidme, señor, no exponerle á vuestra desgracia.

—Era sólo cuestión de pura curiosidad, repuso Napoleón con tono de indiferencia. Páreceme, por otra parte, imposible que un amigo del Conde de Réthel pueda incurrir en mi desgracia. Por lo demás, lo que es un secreto hoy día, los periódicos de todo el mundo lo publicarán bien pronto: el convenio concluido entre la Italia y yo. Este convenio contiene, sin duda, la cláusula de que dentro de dos años mis tropas se retirarán de Roma; pero nadie tiene derecho de deducir de ahí que abandonemos al Papa á sus enemigos.

—Señor, os suplico que no firméis ese convenio, repuso el Conde de Réthel. Vos conocéis el odio que anima á las sociedades secretas de Italia contra el Jefe de la Iglesia. La salida de nuestras tropas de Roma sería para todos los enemigos del trono pontificio la señal esperada impacientemente para caer sobre Pio IX, sin defensa en lo sucesivo.

Napoleon, afiliado como estaba á las sociedades secretas de Italia, sabia muy bien que Réthel decia la verdad. Sin embargo, aparentó un aire de extrañeza.

—No os comprendo! lo dijo. ¿ Pueden acaso nuestras tropas continuar indefinidamente siendo los guardas del Papa? ¿ La ocupacion de Roma no excita por ventura los celos de todas las Potencias? Es necesario que cese semejante situacion. El Papa encontrará en la santidad de su ministerio y en la veneracion vinculada en su persona tanta proteccion contra sus enemigos como pudiera darle el apoyo de nuestras bayonetas.

—Perdonad, señor: los enemigos de la fe católica no reconocen la santidad de este ministerio. Si vos retirais de Roma nuestras tropas, Pio IX será solamente un prisionero, tal vez un mártir. Al mismo tiempo Vuestra Majestad se prepara una reina cierta, y arrastra consigo hácia ella su familia y toda la Francia.

—Extrañas conclusiones son éstas, Conde! ¿ Cómo venis á parar á esos racionales fallos de razon? ¿ Qué relacion existe entre los destinos del Papado y los de la Francia y de mi familia?

—Una muy íntima! Si vuestro tío, de ilustre memoria, no se hubiese apoderado del Papa, y no hubiese oprimido la Iglesia, no hubiera muerto en el destierro.

—Mi querido Réthel, vuestro modo de argumentar es hoy dia incomprendible para mí. ¿ Creéis acaso que las Potencias de Europa hicieron la guerra á mi tío con el único objeto de romper las cadeas del Papa?

—No, señor; no creo tal cosa. No fueron los hombres los que echaron abajo á vuestro tío: cayó al empuje del brazo omnipotente que protege á la Iglesia y á su Jefe. Los Príncipes aliados eran simplemente los instrumentos de la justicia divina.

El Emperador miró silenciosamente al Conde; y parecia preguntarse si su interlocutor estaba en el goce de su razon.

—Mi asercion, señor, os parecerá rara tal vez, pero puedo probarla.

—¿ Tendreis la bondad de comunicarme estas pruebas?

—Con mucho gusto, señor.

Entonces el Conde se puso á contar la notable conversacion de Pio VII y Napoleon I en el palacio de Fontainebleau. El Emperador pareció tomar vivo interes en esta relacion.

—Después de haber probado Pio VII la ayuda de la historia, dijo Réthel á

terminar, que Dios habia dorribado y destruido á todos los perseguidores de los Papas, hizo una advertencia á vuestro tío en términos los más vivos y conmovedores. Jamas podré olvidar las palabras del Papa; siempre tendré presente ante mis ojos la sublime actitud de aquel santo anciano. " El Dios de otro tiempo vive todavía, repetia al Emperador. Yo veré como os quebrantará el brazo de Dios. Vuestra medida está colmada; pronto participareis del fin que han tenido todos los perseguidores de la Iglesia". Estas fueron las predicciones de Pio VII, y no habian pasado dos años cuando estaban ya plenamente cumplidas.

—Todo esto es interesante, dijo Napoleon. La casualidad ha dado, en efecto, cierta verisimilitud á estas palabras del Papa.

—No puedo ser casualidad, señor. Cuando la historia de todos los siglos nos asegura, mediante pruebas tan marcadas, que Dios protege al que lo representa sobre la tierra, la duda no es posible.

—Siento, mi querido Conde, no poder participar de vuestra fe.

—Vuestro tío tampoco queria creer en Fontainebleau, pero creyó en Santa Helena. ¿ Seríame permitido contaros lo que pensaba en el destierro?

—No ignoras cuánto aprecio y venero las menores palabras del inmortal Emperador, repuso Bonaparte.

—Ah! repetia de continuo el ilustre proscripito, que no pueda yo gritar á todos los que han recibido algun poder sobre la tierra: Respetad al representante de Jesucristo; no ataqueis, no oprimais, no persigais al Papa; y de lo contrario seréis aplastados por la mano vengadora de Dios, que protege la cátedra de San Pedro! Tales eran las advertencias que el Emperador daba en Santa Helena; y tengo, señor, la dicha de repetiros en este dia decisivo las palabras de este gran genio.

—Los sufrimientos del destierro habian, sin duda, debilitado el juicio del Emperador, replicó Napoleon.

—Muy al contrario, contestó Réthel, vuestro tío aseguraba que la desgracia lo habia vuelto más atrevido y perspicaz.

—Con todo, objetó el Emperador, los sucesos no justifican su modo de ver. Hace ya muchos años que la Rusia persigue á la Iglesia y al Papa; ¿ qué hace el brazo vengador del Divino Protector de la Iglesia?

—Permitidme, señor; la Rusia no ha

echado jamas al Papa; jamas lo ha tenido preso ni lo ha entregado á sus enemigos. Por otra parte, dignaos considerar la inmensa distancia que separa la Rusia cismática, medio bárbara, de la Francia ilustrada por la fe católica. La Rusia no cree en el Papa ni está llamada á la proteccion de la Iglesia. Pero la Francia, que tiene una fe más elevada, una vocacion más sublime, tiene asimismo una mayor responsabilidad. Por lo demas, no se habrá ocultado á vuestra penetrante mirada que en la misma Rusia se ven ya indicios de la justicia divina, que estallará un dia sobre ella con motivo de su obstinacion en rechazar la verdad, y de la hostilidad que no cesa de mantener contra el Doctor supremo de los pueblos.

—Conde de Réthel, no discutiré con vos sobre este asunto.

—Y vuestro ilustro tío no era el único que pensaba así. Otro genio, un Príncipe célebre de los tiempos modernos, veia un peligro para el estado en toda hostilidad contra la Iglesia, en toda persecucion del Papa, prosiguió Réthel con vivacidad. Hablo del Rey de Prusia; de ese Federico, al que muchos han conferido el epiteto de Grande. Como sabeis, Federico era un apasionado poeta, y expresaba en versos los sentimientos que queria poner de relieve, y encomendaba á la especial atencion de la posteridad. Su testamento encierra la siguiente estrofa.

" Dejad en paz á los Jesuitas, pues han padecido ya mucho; dejad en paz al Clero; no amenaceis al Papado; no turbeis su descanso, pues de lo contrario tendreis que pasar tiempos desgraciados."

—El testamento del Rey de Prusia, repuso friamente Napoleon, carece de valor para mí. Dejemos este asunto, mientras que os agradezco esta prueba de vuestro interes por nosotros.

—Señor, os lo suplico encarecidamente, no desconozcais la gravedad de la situacion, dijo el Conde vivamente conmovido. El convenio que teneis proyectado, y que debe entregar al Papa á sus enemigos, precipitará la Francia en nuevas desgracias. Estoy convencido de la verdad que Pio VII proclamaba en Fontainebleau, y vuestro tío reconocia más tarde. La invasion del extranjero ha castigado á la Francia de los crimenes que ha cometido contra la cátedra de San Pedro; y como Dios no cambia, las mismas causas producen los mismos efectos. Si la Francia permite que Pio IX completamente despojado, entregado á

merced de sus enemigos, reducido á prision y aun tal vez herido de muerte, cosas que no pueden realizarse sin el permiso de Vuestra Magestad, oh! entonces....

—Y bien, entonces? pregunté el Emperador.

—Entonces naciones extranjeras cubrirán de nuevo la Francia de destrozos, y Vuestra Magestad participará de la suerte de su tío.

Los ojos de Napoleon se velaron de nuevo; y por segunda vez pareció cambiado en una estatua de mármol.

—Parece que no conocéis el estado actual del mundo, Conde de Réthel, le dijo con frialdad. La Francia es hoy el árbitro y la dueña de Europa.

—Señor, no olvidéis que esta situacion puede cambiar, y que el Omnipotente es el único árbitro de nuestro destino.

—Basta; os reitero mi agradecimiento.

—Señor, aunque sea exponerme á incurrir en vuestra desgracia, renuevo mis súplicas. No abandonéis el Papa á sus enemigos. El Dios de otro tiempo vive aún. Acordaos de las palabras de vuestro tío: " No ataqueis, no oprimais al Papa; de lo contrario seréis aplastados por la mano vengadora del Dios que protege la cátedra de San Pedro."

El Emperador se levantó, y expresando con la cabeza y la mano la impaciencia que sentia, despidió al Conde.

—Viejo loco! exclamó colérico Napoleon, apenas quedó solo. Porqué un encadenamiento de circunstancias no ha permitido á mi tío salir bien de su empresa, ¿ será ello una razon para que fracase yo tambien? Sostener el trono carcomido del Papa con gran perjuicio de mis proyectos! No! El tiempo marcha; lo que el pasado ostentaba de más venerable, hoy está pálido y desaparece: sería una locura querer reanimar lo que muere.

Continuó todavía algunos instantes sumido en sus reflexiones, despues tomó de nuevo la pluma y volvió á escribir.

(Continuará.)

UN VERANO EN BORNOS.

CARTA XX.

EL CONDE DE BUENA VISTA A ALEJANDRO FUERTES.

Puertosanto, 20 de Agosto.

No, amigo, no; no pienses en suicidarte. Semejante intentona es más que una cala-

33)